

## LA TRANSICIÓN TELEVISIVA NUNCA TUVO LUGAR

Autor: Jordi Costa



Casi todos los grandes y pequeños cambios históricos de nuestro siglo han tenido su eco o premonición en el casi siempre subterráneo territorio de la cultura popular. Por supuesto, todo proceso político o social también acaba teniendo sus consecuencias en el microcosmos de los fenómenos pop: incluso en los aparentemente menos comprometidos con la realidad, incluso en los aparentemente más inocuos.

Quizá el último ejemplo de este tipo de procesos sea la brutal inflexión en los modos del espectáculo cinematográfico americano provocada por los trágicos acontecimientos del 11 de septiembre: de alguna manera, el horror que ese día convirtió las 24 horas de emisión televisiva en un 'prime time' sin fin había sido anticipado de manera más o menos frívola por el cine espectáculo que factura Hollywood y de modo más hondo e inquietante por la literatura de autores como Chuck Palahniuk o Madison Smartt Bell. En ambos casos, quizá, se podría hablar de la latencia de un posible impulso auto-destructivo en el seno mismo de una sociedad que se percibe a sí misma condenada a una transformación quizá absoluta. La idea es suficientemente horrible y perversa como para tener el poder de somatizarse en forma de catástrofe tangible, provocando una inmediata reacción defensiva en el espíritu colectivo. La cultura y el espectáculo que surgen tras el 11 de septiembre son, por tanto, eminentemente profilácticos, diseñados para proteger al espíritu incluso de sí mismo: un espectáculo basado en la omisión, el silencio y el estratégico borrado de imágenes en un intento igualmente perverso de obviar lo ocurrido y de conjurar su posible recurrencia. Una estrategia amnésica, en la que se redescubre el poder de la metáfora y de la abstracción para seguir afrontando lo que se teme o lo que se teme desear.

En teoría, un proceso como la transición democrática española, por lo que tiene de acontecimiento valorado colectivamente como positivo, debería haber generado una estrategia en dirección opuesta. 25 años después de esa transformación finalmente gratificante quizá se pueda afirmar que, en términos de discurso televisivo, las cosas no hayan sido exactamente así.

Pasemos al recuerdo personal. Los miembros de mi generación vivimos la transición política desde la muy poco heroica posición del consumidor de televisión infantil, quizá con algún hermano mayor que empezaba a ir a manifestaciones y con unos padres cuyo compromiso político no se activaba más allá de alguna reunión vecinal o del intento de conseguir un libro prohibido o un ejemplar secuestrado de Cambio 16. En ese mundo pequeño y más o menos feliz, con escasas intromisiones de la realidad no siempre del todo comprendidas, algunos de nosotros quizá nos construimos nuestro propio mapa de una transición chorra. En ese contexto mental, quizá la desaparición de Locomotoro en el reparto de "Los chiripitifláuticos" podría equivaler a la temprana desaparición de una célula de activismo nacida para liberarnos. Más tarde, la muerte de Fofó podría haber sido el simétrico equivalente de la muerte del Caudillo: o sea, la desaparición de una forma caduca de entender las cosas que algunos se empeñaron en llorar. Y, en este orden de cosas, el paso del "Un globo, dos globos, tres globos" de María Luisa Seco a esa "Bola de cristal" que nos pilló un poco mayores dibujaría la perfecta metáfora infantil de la Transición: en términos de vida espectadora para principiantes, el cambio supuso el paso de un marmóreo modelo de ficción televisiva pretecnológica y paternalista a su lógico y consecuente sucesor evolutivo, un modelo de ficción televisiva iconoclasta, controladamente transgresora y cómplice.

Art Spiegelman, dibujante de comics que firmó la obra maestra "Maus" y ha impulsado poderosos proyectos editoriales enraizados en la generación de historietistas surgida de la

contracultura, justificaba la creación de uno de sus trabajos más discutidos –la colección de cromos de “La pandilla basura”- en unos términos que quizá nos ayuden a entender qué tipo de revolución podía esperar de “La bola de cristal” el espectador infantil de la Transición. Para Spiegelman, esos cromos que fueron tildados de peligrosos, agresivos e inconvenientes para la infancia eran, en cierto sentido, una inversión de futuro. Según Spiegelman, los también discutidos ‘comic-books’ de terror de la E.C. Comics de los años 50, que fueron perseguidos y neutralizados por la caza de brujas emprendida por padres y educadores, fueron el caldo de cultivo para que, años más tarde, floreciera la historieta contracultural norteamericana, órgano de expresión generacional de los jóvenes que se opusieron a la guerra del Vietnam. Lanzar al mercado un producto como los cromos de “La pandilla basura” era, pues, por parte de Spiegelman el intento utópico de fertilizar el imaginario colectivo de una nueva generación de americanos que debería ser menos amiga del sistema que la que dio cuerpo a la explosión yuppie de los 80 y menos domesticada y confusa que la generación X de los 90.

“La bola de cristal” fue una punta de iceberg de un modelo de televisión posible que tuvo otros muchos tentáculos: programas como “La edad de oro” y criterios como los que regían la programación cinematográfica de la época parecían apuntar a un salto cualitativo en esa forja de señas de identidad colectivas que propicia el medio televisivo. Hoy, sin embargo, resulta imposible ubicar a los hijos evolutivos de “La bola de cristal” o “La edad de oro” en esas parrillas que, aparentemente, han multiplicado su oferta o en esos nuevos canales de difusión, como la televisión digital o el cable, que sólo crean un espejismo de diversidad al ofrecer un centenar de posibilidades -y ventanas- para contemplar lo mismo –o un espectro excesivamente limitado de productos- cuantas veces se quiera.

La Transición española fue extraña y pacífica: quizá llevó a acuñar modelos televisivos basados en la alteración de unos viejos códigos y modelos de televisión institucional que no existieron, simplemente porque la televisión de la que veníamos era marmórea y rupestre. Y quizá ahora estemos pagando el precio de ese salto en el espacio-tiempo del imaginario colectivo intentando reescribir paso a paso y con lentitud exasperante los capítulos perdidos de esa Transición televisiva que quizá discurrió demasiado rápido.

Hay otra manera, pesimista, de ver el estado actual de la cuestión. Contemplando la televisión española de ahora mismo –salvando honrosas excepciones, a las que cabe ver como auténticos islotes-, a uno le da la impresión de que eso que llamamos Transición fue un acontecimiento del tipo 11 de septiembre: o sea, algo que activó los mecanismos de la amnesia cultural para reconstruir una suerte de edad de la inocencia o edén perdido. En mi modesta opinión, el paisaje de la moderna ficción televisiva podría ser leído en clave de anti-utopía, de novela de ciencia-ficción de tono amargo. No me alarma especialmente lo que se da en llamar ‘telebasura’ porque, de alguna manera, quizá sea lo más parecido a un discurso alternativo o contracultural que aceptan nuestras encorsetadas programaciones televisivas. Lo que me alarma es, precisamente, lo que tiene de profesional la construcción contemporánea de ficciones o espectáculos televisivos, que, de alguna manera, se asemeja a un intento de reconstruir con métodos, técnicas y depurados procedimientos heredados del modelo americano una idea del espectáculo y de la ficción que, quizá de manera subconsciente, remite a una televisión ideológica y artísticamente previa a la Transición. Una televisión de modelo único, ahora reiterado bajo múltiples variantes y quizá más regido por criterios de mercado que por imperativos políticos. Una televisión castrada para el debate, el diálogo entre formatos y los periódicos saltos evolutivos. Atendiendo a ese discurso subterráneo que genera la cultura popular, quizá podría afirmarse que la Transición nunca tuvo lugar: que “La bola de cristal” y “La edad de oro” las soñamos, porque jamás existieron.



Nº de Registro: AA3.0207.18

(Nota: Este artículo será publicado el próximo otoño por La Fundación General de la Universidad Complutense)